

TRAGEDIA

(LO DE SIEMPRE)

En escena LA MADRE, que trata de irrumpir en el dormitorio en el que yace tumbado EL HIJO.

LA MADRE. Cariño, por favor, ábreme.

EL HIJO. No.

LA MADRE. Te lo suplico. Déjame entrar. No me martirices más.

EL HIJO. Vete.

LA MADRE. No me iré. Has llegado demasiado lejos con tu capricho y no pienso consentir que sigas aislado de esta manera.

Ella accede, al fin, a la habitación.

EL HIJO. ¡Qué has hecho!

LA MADRE. No podía soportarlo más.

EL HIJO. ¿Cómo has conseguido la llave de mi cuarto?

LA MADRE. He hecho una copia.

EL HIJO. Y ni siquiera llevas mascarilla. Aléjate de mí.

LA MADRE. ¿Cómo puedes soportar esta oscuridad? ¿No abres la ventana nunca?

Él niega con la cabeza.

LA MADRE. Pues ya va siendo hora.

EL HIJO. No lo hagas, la enfermedad entra por el aire y es capaz de desplazarse muchísimos metros...

LA MADRE. ¿Quién te ha dicho eso?

EL HIJO. He leído un artículo que

LA MADRE. Tonterías, no quiero que leas más mierdas de ese tipo.

EL HIJO. No sabes lo que dices.

LA MADRE. Lo único que sé es que te has condenado a ti mismo a una oscuridad que no tiene sentido. Deja que levante, al menos, la persiana.

EL HIJO. Vuelve a bajarla.

LA MADRE. *(Negándose a hacerlo)* ¿Qué tiene de malo la luz? ¿También puede transmitir el virus según otro documentado artículo?

EL HIJO. Ah, ¿lo has leído tú también?

LA MADRE. Oh, Dios. En qué clase de persona te has convertido. Tú, mi hijo, que lo tenías todo: inteligencia, talento, poder, y mírate ahora.

EL HIJO. Calla. Silencio, por favor. Las palabras y su saliva son veneno que vuelan por los aires y contagian muerte.

LA MADRE. Quítate esa trágica máscara, hijo mío, deja que vea tu preciosa cara.

EL HIJO. No pienso quitármela.

LA MADRE. ¿Por qué?

EL HIJO. No quiero infectarte.

LA MADRE. ¿A mí? No vas a infectarme. Tranquilo.

EL HIJO. Si lo hiciera me moriría.

LA MADRE. Deja que te ayude a desprenderte de ese objeto que me impide verte.

EL HIJO. No te acerques. Soy peligroso. ¿Tan difícil te resulta entenderlo?

LA MADRE. (Retrocediendo) Tranquilo. Mira. Estoy a más del doble de la distancia de contagio. ¿Contento?

EL HIJO. No se sabe con seguridad hasta dónde puede avanzar el virus en según qué circunstancias.

LA MADRE. Deja de decir gilipolleces y mírame a la cara.

EL HIJO. Te estoy mirando.

LA MADRE. Pero quítate esa mierda, me da escalofríos verte así.

EL HIJO. Es una máscara de tragedia que compré en el teatro.

LA MADRE. Lo sé.

EL HIJO. Con ella me siento seguro, aislado. Y sobre todo me siento en paz.

LA MADRE. (*Acercándose a él*) ¿En paz? ¿Qué buscas? ¿La muerte en vida?

EL HIJO. ¿Qué haces?

LA MADRE. Dame la mano.

EL HIJO. ¡Me has tocado!

LA MADRE. Ven.

EL HIJO. Suéltame.

LA MADRE. No.

EL HIJO. ¿A dónde me llevas?

LA MADRE. Conmigo.

EL HIJO. ¿Afuera? No pienso salir.

LA MADRE. Eres mi hijo y no voy a permitir que permanezcas en este infierno.

EL HIJO. Aléjate de mí, hija de puta.

LA MADRE. *(Alejándose, alarmada)* ¿Qué has dicho?

EL HIJO. Lo que has oído.

LA MADRE. Nunca me habías hablado así. Siempre te has comportado como el más amoroso de los hijos.

EL HIJO. Eso debe cambiar. Para siempre.

LA MADRE. No digas eso.

EL HIJO. Eso que has hecho es muy peligroso.

LA MADRE. ¿Tocarte?

EL HIJO. No es tan difícil de entender.

LA MADRE. Lo que no entiendo es por qué te has condenado a ti mismo, te has convertido en un apestado, sin ningún motivo.

EL HIJO. ¿De verdad no lo sabes?

LA MADRE. Te juro que no.

EL HIJO. O no quieres saberlo.

LA MADRE. ¿De qué hablas?

EL HIJO. Hablo de papá.

LA MADRE. Tienes que superarlo.

EL HIJO. ¿Cómo se supera algo así?

LA MADRE. Él estaba mal, era un enfermo crónico, población de riesgo. Ya sabes.

EL HIJO. Precisamente por eso... yo ya sabía...

LA MADRE. Lo que le ocurrió entraba dentro de lo previsible, constituía un peligro conocido y asumido por toda la familia.

EL HIJO. Eso es lo peor de todo ¿no te das cuenta? Yo era consciente de la situación de papá.

LA MADRE. ¿Qué quieres decir?

EL HIJO. (*Quitándose la máscara*) Yo le maté. Joder. Todavía no te has enterado. Yo fui el criminal que acabó con la vida de tu marido, del padre de tus hijos. Él viviría si no se hubiera cruzado conmigo.

LA MADRE. Pero qué tonterías estás diciendo.

EL HIJO. Estoy diciendo la pura verdad. Estás hablando con el asesino del hombre al que amabas.

LA MADRE. Tu padre murió por culpa de la pandemia.

EL HIJO. Eso es.

LA MADRE. Pero tú no pudiste contagiarle.

EL HIJO. ¿Estás segura?

LA MADRE. Pues claro que lo estoy. Tu padre era muy estricto con esas cosas, ya lo sabes. No permitía que nadie entrara en contacto con él y por eso estaba totalmente aislado en la planta de arriba.

EL HIJO. No, no estaba totalmente aislado.

LA MADRE. Sí lo estaba. Tú no pudiste contagiarle. ¿O es que subiste a verle alguna vez?

EL HIJO. No. No subí.

LA MADRE. Entonces tú no le provocaste ningún mal. Deshecha esa idea absurda, por favor.

EL HIJO. Nada me gustaría más, pero no puedo.

LA MADRE. Sí puedes. Tienes que pensar en positivo.

EL HIJO. ¿En positivo dices?

LA MADRE. Sí, trata de aferrarte a momentos dichosos.

EL HIJO. Es mejor no invocarlos.

LA MADRE. Sí, hazme caso. Hay un día por ejemplo que tengo grabado en el alma.

EL HIJO. Me lo temía.

LA MADRE. Te ayudará rememorarlo. Tú también parecías muy dichoso. ¿Me equivoco?

EL HIJO. Te refieres a...

LA MADRE. A cuando hace apenas un mes nos juntamos todos alrededor de la piscina. Qué día tan maravilloso. Tu padre nos contemplaba desde su ventana con una sonrisa de oreja a oreja. ¿Te acuerdas?

EL HIJO. Sí, me acuerdo.

LA MADRE. ¡Qué preciosa fiesta! La mejor de mi vida. Era mi cumpleaños, y todo volvía a ser como antes: feliz y lleno de luz y de amor.

EL HIJO. Fue un error.

LA MADRE. ¡Qué va! Tuviste una idea maravillosa. Nunca he visto a tu padre tan contento.

EL HIJO. ¿Cómo lo sabes?

LA MADRE. Esa noche dormimos juntos. No lo habíamos hecho en mucho tiempo.

EL HIJO. ¿Subiste a verle?

LA MADRE. Fue muy hermoso.

EL HIJO. Oh, no. ¡Eso confirma mis temores más negros!

LA MADRE. Sí, supongo que cometí una imprudencia. Pero bebí demasiado en la fiesta. De hecho me quedé dormida en el sofá por culpa de la borrachera y cuando subía en busca de una cama mis pasos me condujeron hasta el dormitorio en el que dormía papá. Mis pies me llevaron allí por inercia.

EL HIJO. Fue el destino fatal el que te condujo al lecho del desdichado.

LA MADRE. Abandona ese tono tan siniestro. Esto no es una tragedia.

EL HIJO. Sí lo es. Y nunca hemos vivido, aquí en Tebas, una mayor. Lo veo todo claro al fin.

LA MADRE. Por qué hablas con palabras tan amargas. Deja de lamentarte.

EL HIJO. La vergüenza me muerde la lengua, pero tengo que revelar esta culpa aunque mi boca sangre de arrepentimiento.

LA MADRE. Explícate de una vez.

EL HIJO. El día de la fiesta, que maldita la hora en la que organicé ese encuentro familiar con la muerte... ocurrió algo...

LA MADRE. ¿Qué paso?

EL HIJO. Cuando estabas tumbada en el sofá

LA MADRE. ¿Sí?

EL HIJO. Yo.

LA MADRE. ¿Qué?

EL HIJO. Hice algo terrible. Abominable. Que jamás tenía que haber hecho.

LA MADRE. Edipo, hijo mío, me estás asustando. Explícate de una vez.

EL HIJO. Tú estabas borracha, y yo me tumbé a tu lado y te abracé con todas mis fuerzas y llené tus mejillas de besos.

LA MADRE. ¿Eso hiciste?

EL HIJO. Sí, me sentía eufórico. Habíamos sufrido semanas y meses de cruel confinamiento y después vino la nueva normalidad con los estrictos controles y el distanciamiento social y su frialdad atroz. Sin embargo todo cambió de una manera tan radical, en aquellos días que precedieron a tu aniversario la enfermedad estaba controlada, todo había terminado, las mascarillas llenaban los contenedores de basuras, los guantes atascaban los sumideros de las alcantarillas, y yo, para celebrarlo, borracho de optimismo, decidí tumbarme junto a ti. Y mis labios recorrieron cada rincón de tus mejillas, de tu nariz y de tu frente.

LA MADRE. ¡Dios mío!

EL HIJO. Mis labios que, ese mismo día, unas pocas horas antes de la fiesta, se habían unido sin freno a los de una chica, una amiga, a la que besé hasta que su saliva se había convertido en mi saliva, del mismo modo que ella había mezclado su aliento, en los días anteriores, con la lengua y la respiración de otras personas.

LA MADRE. Por qué me cuentas esto.

EL HIJO. Eran días en las que bebíamos salivas de todas las fuentes para calmar una sed acumulada durante muchos meses.

LA MADRE. Ya basta. No sigas.

EL HIJO. Tengo que seguir, para contarte que, días después, a través de un aciago mensaje llegado desde su Corinto natal, aquella misma chica me decía que la enfermedad la había alcanzado a ella y a toda su familia, y que actuara con prudencia para no propagar el mal entre los míos. Pero el correo llegó demasiado tarde.

LA MADRE. Entonces tú fuiste el causante del final de tu padre. A través de aquel abrazo mortal con el que me habías convertido en herramienta, en instrumento de la muerte

EL HIJO. Así es, al mezclar, poco después, tu aliento al de mi padre, en su lecho, se consumó mi crimen.

LA MADRE. Ahora entiendo tu dolor al recordar aquellos besos culpables.

EL HIJO. Fueron un acto de amor hacia ti, que mi enemigo, el destino, convirtió en acción de muerte.

LA MADRE. (Cerrando, tal vez de un modo inconsciente, la persiana que un rato antes había abierto) No sé qué decirte.

EL HIJO. Ves ahora por qué tengo la certeza de que la fatalidad me persigue y me hace diana de sus microscópicos dardos.

LA MADRE. Entiendo ya tu tristeza infinita. Pero no fueron tus besos una crueldad asesina, sino un acto imprudente.

EL HIJO. Te equivocas.

LA MADRE. ¿Qué?

EL HIJO. Lo peor de todo es que yo lo sabía, me habían informado.

LA MADRE. Habla claro. Rápido. ¿Por qué callas?

EL HIJO. En la víspera yo asistí, en Delfos, a una conferencia en la que se me informó de la profecía del rebrote con datos incontestables. Y yo cerré mis oídos y no quise escuchar tal advertencia.

LA MADRE. No puedo creer que hicieras algo así.

EL HIJO. Te lo juro por los dioses.

LA MADRE. Todos creíamos que la enfermedad estaba extinguida, pero tú... ¿sabías de su retorno y a pesar de todo...?

EL HIJO. Tu hijo desoyó las aciagas predicciones del oráculo de expertos.

LA MADRE. Y te haces llamar hijo mío. No eres digno de ese título.

EL HIJO. Y el rebrote, en efecto, ocurrió, como suceden todas las fatalidades del destino.

LA MADRE. Y yaciste a mi lado.

EL HIJO. Y maté a mi padre.

LA MADRE. Maldito seas por siempre jamás. Vuelve a cubrir tu rostro culpable con esa máscara, no quiero que la luz del sol ilumine, de nuevo, tu cara.

Lo hace, cubre su faz, de nuevo, con la máscara de la tragedia.

EL HIJO. Ahora sal y deja que a mis ojos vuelva la negrura eterna.

Ella sale.

Comienza a oscurecer, muy lentamente, la escena.

EL HIJO. Gracias Yocasta.

Espero que algún día sepas perdonarme.

Y que los dioses se apiaden de esta estirpe maldita.

Condenada a sufrir una y otra vez...

La vieja historia...

Lo de siempre.

Se consume, al fin, el oscuro total.

Telón.